

Foucault para leer las relaciones entre literatura (argentina) y política

Anahí Asquineyer
aasquineyer@hum.unrc.edu.ar
Universidad Nacional de Río Cuarto

Introducción

Este trabajo fue presentado en el seminario Sociología Contemporánea de la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad de Humanas de la Universidad de Río Cuarto. Nuestra propuesta de monografía intentó hacer coincidir aspectos teóricos de la perspectiva de Foucault con un eje de lectura afín a nuestras inquietudes literarias, específicamente la que toma forma en nuestro proyecto de investigaciónⁱ. La problemática que atraviesa dicho proyecto es la siguiente: cómo la literatura representa las relaciones entre política y literatura a partir del advenimiento de la democracia. Específicamente, nosotros, dentro del proyecto, trabajamos con un corpus de textos publicados en el lapso temporal que va del 2000 hasta el 2006. En términos generales podemos decir que la relación entre política y literatura la entendemos como una zona de cruce, de diálogo entre ciertos momentos histórico-político claves y las posibles formas representacionales que la literatura configura.

Para justificar teóricamente qué entendemos por político es que recurrimos a la propuesta de Michel Foucault. Su mirada acerca de la diseminación del poder en tanto conformador de una anatomía política nos parece muy pertinente para enmarcar el diálogo entre la literatura, como discurso social, y la política como práctica de disciplinamiento social.

1) La disciplina: “microfísica” del poderⁱⁱ

Primeramente vamos a explicar qué entiende Foucault por disciplina ya que nos parece un concepto clave en su aparato conceptual y, además, central para comprender la relación que implica nuestra problemática: literatura-política. El concepto va a surgir de la historia política del cuerpo que hace el autor, es decir, el cuerpo directamente inmerso en un campo político en donde las relaciones de poder lo cercan, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias. Y ese cerco político del cuerpo va unido a la utilización económica del mismo: el cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y sometido. Pero este sometimiento no se obtiene por los únicos instrumentos ya sean de la violencia, ya de la ideología. Este es el nuevo esquema de docilidad que va emerger en el siglo XVIII.

Foucault va a detallar varias novedades en las técnicas que emergen de este nuevo esquema. Primero: trabajar el cuerpo en sus partes (gestos, movimientos,

actitudes), ejercer sobre él una coerción débil. Segundo, cambia el objeto del control: la economía, la eficacia de los movimientos, su organización interna. Por último, cambia la modalidad: implica una coerción ininterrumpida, constante, que vela sobre los procesos de la actividad más que sobre su resultado. A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es a lo que se puede llamar “disciplinas”, según Foucault.

Las disciplinas han llegado a ser en el transcurso de los siglos XVII y XVIII unas fórmulas generales de dominación. Sin embargo, el autor insiste en marcar diferencias con otros modos anteriores de dominar porque en ello reside la novedad de estos esquemas de docilidad social. La disciplina es diferente a la esclavitud puesto que no se funda sobre una relación de apropiación de los cuerpos. Distintas de la domesticidad, que es una relación de dominación global, no analítica, ilimitada (“el capricho” del amo). Distintas del vasallaje, que es una relación de sumisión que atañe menos a las operaciones del cuerpo que a los productos del trabajo y a las marcas rituales del vasallaje. Distintas también del ascetismo y de las “disciplinas” de tipo monástico, que tienen por función garantizar renunciaciones más que aumentos de utilidad y que, si bien implican obediencia a otro, implican un aumento del dominio de cada cual sobre su cuerpo.

Entonces, para Foucault, el momento histórico de la disciplina es el momento en que nace un arte del cuerpo humano, que no tiende únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción, sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés. El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo desarticula, lo explora y lo recompone. A esto el autor va a llamar “anatomía política”, que es igualmente una “mecánica del poder”: la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada.

“*La disciplina es una anatomía política del detalle*” (Foucault: 2002: 145) Es decir, la disciplina implica técnicas minuciosas, ínfimas, pero que tienen su importancia puesto que definen cierto modo de adscripción política y detallada del cuerpo, una nueva “microfísica” del poder. Sin embargo, esa anatomía política se proyecta a toda la sociedad; este es un punto crucial para comprender la perspectiva de Foucault acerca de lo político en su imbricable relación con el poder. Según este autor, esos micropoderes contruidos por la disciplina no han cesado, desde el siglo XVII, de invadir dominios cada vez más amplios, como si tendieran a cubrir el cuerpo social entero. En esta gran tradición de la eminencia del detalle vendrán a alojarse todas las meticulosidades de la educación cristiana, de la pedagogía escolar o militar, de todas las formas finalmente de encauzamiento de la conducta.

La pregunta es: ¿dónde se localiza este poder? Foucault va a responder que no es posible localizarlo ni en un tipo definido de institución, ni en un aparato estatal, a pesar de la coherencia de sus resultados. Esta tecnología del poder es difusa, rara vez formulada en discursos continuos y sistemáticos, se compone de elementos y fragmentos, y utiliza unas herramientas y unos procedimientos inconexos. Las instituciones, organismos, aparatos recurren a ella: utilizan, valorizan e imponen algunos de sus procedimientos. Pero ella misma en sus mecanismos y sus efectos se sitúa en un nivel muy distinto. “*Se trata en cierto modo de una microfísica del poder que los aparatos y las instituciones ponen en juego, pero cuyo campo de validez se sitúa, en cierto modo, entre esos grandes funcionamientos y los propios cuerpos con su materialidad y sus fuerzas*” (op.cit: 2002:35)

Desde este “no lugar” del poder es que el autor va a introducir la noción de estrategia. Esta microfísica supone que el poder que en ella se ejerce no se concibe como una propiedad sino como una estrategia, esto supone que los efectos de dominación sean atribuidos a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas, a unas técnicas. En definitiva, este poder se ejerce más que se posee, que no es el privilegio adquirido de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados. Por eso Foucault va a afirmar que este poder no se aplica, como una obligación o prohibición, a quienes “no lo tienen”; los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en las presas que ejerce sobre ellos.

Esta perspectiva de Foucault es medular porque redefine el rol del estado y su relación con los ciudadanos, también las fronteras de clase. Las relaciones de poder descenden hondamente en el espesor de la sociedad, componen en entramado delgado y persistente que definen puntos innumerables de enfrentamiento, focos de inestabilidad cada uno de los cuales comporta sus riesgos de conflicto, de luchas y de inversión, por lo menos transitoria, de las relaciones de fuerza.

1.1) Saber-poder, sujeto y sociedad

La disciplina procede ante todo, de acuerdo con este autor, de la distribución de los individuos en el espacio. La unidad de la disciplina va a ser, entonces, el rango: el lugar que ocupa en una clasificación, se individualiza los cuerpos por una organización que los distribuye y los hace circular en un sistema de relaciones. La primera de las grandes operaciones de la disciplina será la constitución de lo que Foucault llama “cuadros vivos” porque transforma las multitudes confusas, inútiles o peligrosas en multiplicidades ordenadas. Es a la vez una técnica de poder y un procedimiento de saber. Es decir, se trata de organizar lo múltiple, de procurarse un instrumento para recorrerlo, estudiarlo y dominarlo, imponerle un orden. Entonces, para este autor la relación entre poder y saber es inseparable ya que entiende que el cuerpo al convertirse en blanco para nuevos mecanismos de poder, se ofrece a nuevas formas de saber. Es así que, el poder disciplinario tiene como correlato una individualidad no sólo analítica sino natural y “orgánica”.

Esta concepción de Foucault implica renunciar a toda una tradición que deja imaginar que no puede existir un saber sino allí donde se hallan suspendidas las relaciones de poder. Hay que admitir, según este autor, que el poder produce saber; que poder y saber se implican directamente; que no existe correlación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder.

La tecnología del poder, tal como la concibe Foucault, está implicando una concepción de hombre determinada. Concepción que no parte del centramiento humanista sino del descentramiento analítico de la disciplina. Según este autor la disciplina fabrica, a partir de los cuerpos que controla, cuatro tipos de individualidades o una individualidad dotada de cuatro características: es celular (por el juego de la distribución espacial), es orgánica (por el cifrado de las actividades), es genética (por la acumulación del tiempo), es combinatoria (por la composición de fuerzas). Para ello, la disciplina, utiliza cuatro grandes técnicas: construye cuadros, prescribe maniobras, impone ejercicios, para garantizar la combinación de fuerzas dispone “tácticas”. La táctica es, para Foucault, el arte de construir, con los cuerpos localizados, las actividades codificadas y las aptitudes formadas.

El hombre no será, según esta perspectiva, nada más (ni nada menos) que el resultado de la combinación calculada por la disciplina, no será la individualidad que se erige como el centro de un saber y poder sino la individualidad resultante de ese juego de fuerzas. *“La disciplina ‘fabrica’ individuos; es la técnica específica de un poder que se da los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio. No es un poder triunfante que a partir de su propio exceso pueda fiarse en su superpotencia; es un poder modesto suspicaz, que funciona según el modelo de una economía calculada pero permanente”*.(op cit.: 2002: 175)

El Panóptico es la imagen de esta disciplina que emerge en el siglo XIX pero que, según Foucault, da origen a la sociedad del siglo XX. El Panóptico de Bentham es una figura arquitectónica cuyo principio es: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas que tienen dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior y permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. El dispositivo panóptico dispone, así, de unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar al detenido pero éste no ve, es decir, es objeto de información nunca sujeto de una comunicación.

Para el autor, este es el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Lo esencial es que el preso se sepa vigilado sin necesidad de serlo efectivamente. Así el dispositivo automatiza el poder y lo desindividualiza: hay una maquinaria que garantiza la asimetría, el desequilibrio, la diferencia y poco importa, por consiguiente, quién ejerce el poder.

¿Cómo funciona el poder en el Panóptico? El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder, inscribe sobre sí mismo la relación de poder. Por ello el poder externo puede aligerar su peso físico, tiende a lo incorpóreo: no es necesario recurrir a medios de fuerza para obligar al condenado a la buena conducta, al loco a la tranquilidad, al obrero al trabajo, al escolar a la aplicación, al enfermo a la observación de las prescripciones. Foucault proyecta, así, el funcionamiento del Panóptico a los diversos modos de encauzamiento de la conducta; lo entiende como un modelo generalizable de funcionamiento; una manera de definir las relaciones de poder con la vida cotidiana de los hombres.

El autor entiende el Panóptico como una figura de tecnología política polivalente en sus aplicaciones (talleres, hospitales, escuelas) y supone que cada una de ellas permite perfeccionar el ejercicio del poder. Y esto de varias maneras; porque puede reducir el número de los que lo ejercen, a la vez que multiplica el número de aquellos sobre quienes se ejerce. También, porque sin otro instrumento físico que una arquitectura y una geometría, actúa directamente sobre los individuos. Lo que trata de demostrar Foucault a partir de la aplicación de esta “jaula poderosa y sabia” es cómo se pueden “desencerrar” las disciplinas y hacerlas funcionar de manera difusa, múltiple, polivalente en el cuerpo social entero.

Este esquema de vigilancia generalizada reposa sobre una transformación histórica: la extensión progresiva de los dispositivos de disciplina a lo largo de los siglos XVII y XVIII, su multiplicación a través de todo el cuerpo social, la formación de lo que Foucault llama sociedad disciplinaria. La disciplina tiene que hacer jugar las relaciones de poder no por encima, sino en el tejido mismo de la multiplicidad, de la manera más discreta que se pueda. En suma, sustituir un poder que se manifiesta por el esplendor de los que lo ejercen, por un poder que objetiva insidiosamente a aquellos a quienes se aplica.

Para Foucault los procesos de acumulación de capital y acumulación de los hombres no pueden ir separados. No habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de producción capaz a la vez de mantenerlos y utilizarlos; inversamente las técnicas que hacen útil la multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital. Es decir, la relación entre hombre y sociedad está mediada por la tecnología política y económica que construye la disciplina en los cuerpos, y transforma al hombre en disciplinado y a la sociedad en disciplinadora. Pero no es un vínculo unidireccional sino multidireccional en su aplicación ya que se ejerce, se multiplica y se infiltra en formas interiorizadas de apropiación de las disciplinas hasta modos institucionales de ejercerlas. La modalidad disciplinaria del poder garantiza una distribución infinitesimal del mismo.

1.2) Implicancias para el proyecto literatura-política

Esta concepción de lo político es pertinente para la perspectiva de literatura que nuestro proyecto supone ya que nos ayuda comprender lo político en tanto su relación con el poder y con el saber. Nos permite entender el mundo de la ficción y el contexto extraficcional como universos políticos ya que las relaciones de poder los atraviesan y configuran. Entonces, ya no hay un poder monolítico y unilateral centrado en el Estado e instituciones mediadoras. El poder está diseminado en las prácticas cotidianas, en el trabajo, en el estudio; en esos pequeños e íntimos mundos, que muchas veces, la trama ficcional construye a manera de juego especular, metafórico y distante de la trama social, cultural e histórica.

Es decir, cuando nos ocupamos de las relaciones entre política y literatura vamos a preguntarnos, ahora, no cómo aparecen las relaciones del poder en tanto público e institucionalizado en aparatos estatales u otras formas instituidas de un poder vertical y homogéneo; sino cómo se diseña una minuciosidad del poder, cómo se hace latente la “microfísica” del poder, como las disciplinas, que todo lo invaden, construyen una figura de hombre y de sociedad. Si consideramos que la literatura puede percibir, más que un estado de cosas (hipótesis realista), un estado de la imaginación, más precisamente el modo en que una sociedad en un momento determinado se imagina a sí mismaⁱⁱⁱ; la perspectiva foucaultiana del poder viene a ponerle dinamismo y tensión a esta percepción, viene establecer un juego de fuerzas allí donde parecía reinar la calma. El dispositivo panóptico permite entender la sociedad vigilada y vigilante, el diseminamiento perfectamente discreto del poder.

Específicamente, el dispositivo saber-poder que la disciplina articula nos permite pensarnos de otro modo como sujeto que conoce la literatura ya que las relaciones de “poder-saber” no se pueden analizar a partir de un sujeto de conocimiento que sería libre o no en relación con el sistema de poder sino que hay que considerar, por el contrario, que el sujeto que conoce, los objetos que conocer y las modalidades de conocimiento son otros tantos efectos de esas implicancias fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas^{iv}.

2) La “disciplina” del discurso^v

Según Foucault, las ciencias (él se ocupa sobre todo de la Historia), con sus categorías de comprensión, descripción, deben considerarse en el campo de los hechos

de discurso a partir de los cuales se las construye. Es decir, pretende “desnaturalizar” los conceptos y presentarlos como “construidos”. Para ello cuestiona la noción de documento (libros, textos, registros, edificios, objetos, costumbres, etc.) como algo inerte que hay que interpretar sino que entiende que hay que definir, en el propio tejido documental, unidades, conjuntos, series, relaciones. Hay que ejercer sobre ellos operaciones teóricas que implican una construcción de perspectiva, una manera de mirar, entonces no hay documento “neutro”, aunque la Historia y otras ciencias nos hayan hecho creer que sí.

Foucault intenta mostrar que los discursos tales como pueden oírse, leerse, en su formas de textos, no son un puro y simple entrecruzamiento de cosas y palabras. Él va a afirmar: “...analizando los propios discursos se ve como se afloja el lazo al parecer tan fuerte de las palabras y las cosas, y se desprende un conjunto de reglas adecuadas a la práctica discursiva (...) Tarea que consiste en no tratar -en dejar de tratar- los discursos como conjuntos de signos (de elementos significantes que envían a contenidos o a representaciones), sino como prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan.” (Foucault: 2002: 80-81)

Esta visión tiene varias consecuencias teóricas; nosotros sólo consideraremos aquellas derivaciones que puedan tener adecuación con nuestra problemática. La noción de discontinuidad es una de esas consecuencias y se entiende como instrumento y como objeto de investigación. Es el resultado de una descripción porque lo que trata de descubrir son los límites de un proceso, el instante de dislocación de una causalidad circular; y también constituye una operación deliberada del estudioso y no ya lo que recibe, a pesar suyo, del material que ha de tratar.

Otra consecuencia es la multiplicación de las rupturas. La historia tradicional se proponía definir relaciones entre hechos y acontecimientos fechados. De aquí en adelante, dirá Foucault, el problema es constituir series: definir para cada una sus elementos, fijar sus límites, describir relaciones entre las distintas series. Así en lugar de aquella cronología continua de la razón, que se hacía remontar al inaccesible origen, han aparecido unas escalas a veces breves, rebeldes a una ley única e irreductibles al modelo general de una conciencia que adquiere, progresa y recuerda.

La última consecuencia se relaciona con problemas metodológicos y se pueden citar: la constitución de corpus coherente, el establecimiento de un principio de elección, la definición del nivel de análisis y los elementos pertinentes. Estos problemas se integran a las consecuencias mencionadas antes porque, precisamente, plantean cómo se debe hacer, la descripción y, sobre todo, la construcción de objeto.

2.1) Las regularidades discursivas

Para poner en juego los conceptos de discontinuidad, ruptura, de límite, Foucault entiende que hay que realizar un procedimiento teórico negativo. Esto significa que hay que librarse de una serie de nociones que diversifican el tema de la continuidad. Estas nociones son, por supuesto, unidades del discurso y dejan leer la homogeneidad, la continuidad, el origen, el progreso continuo allí donde sólo hay dispersión.

Una de las nociones es la de “tradicición” la cual trata de proveer un estatuto temporal singular a un conjunto de fenómenos; autoriza a reducir la diferencia propia de todo comienzo, para vincularlo a la asignación indefinida del origen. Gracias a la “tradicición” se pueden aislar las novedades sobre un fondeo de permanencia, y transferir su mérito a la originalidad o al genio.

La noción de “influencias” suministra un soporte –demasiado mágico- a los hechos de transmisión y comunicación. Las nociones de “mentalidad” o “espíritu” permiten establecer entre los fenómenos simultáneos o sucesivos de una época dada una

comunidad de sentido, lazos simbólicos, la soberanía de una conciencia colectiva. Las nociones de “desarrollo” y “evolución” permiten reagrupar una sucesión de acontecimientos dispersos y referirlos a un único principio organizador. Foucault va a insistir en que es preciso desalojar estas unidades, estas formas por las que se tiene costumbre de ligar entre sí los discursos de los hombres.

También hay que estar alertas, afirma el autor, ante esos “cortes” o “agrupamientos” a los cuales nos hemos acostumbrado. Por ejemplo la distinción de los grandes tipos de discurso o de las formas o géneros que oponen unas a otras la ciencia, la literatura, la filosofía, la ficción. Con mayor razón cuando se trata de analizar conjuntos de enunciados que, en la época de su formulación estaban distribuidos y caracterizados de una forma totalmente distinta. Esos cortes, desde esta perspectiva, son siempre categorías reflexivas, principios de clasificación, tipos institucionalizados: son hechos de discurso que merecen ser analizados al lado de los otros.

Las unidades que, sobre todo, hay que mantener en suspenso, dice Foucault, son las que se imponen de la manera más inmediata: las del “libro” y la de la “obra”. Estas unidades son muy caras a nuestra disciplina, muchos programas o propuestas de literatura se organizan alrededor de la obra de un autor o de sus libros. Lo que propone Foucault no es desecharlas sino considerarlas como constructos culturales, institucionales, de época; revisar su estatuto “natural”. La “obra” no puede considerarse como una unidad inmediata, ni como una unidad cierta, ni homogénea. ¿Qué incluye la denominación obra? ¿Todo lo que lleva el mismo nombre propio (considerando que fue una invención del siglo XVII) incluido cartas, mensajes, etc.? ¿Sólo lo que se publicó en forma de libro? Es decir, semejante unidad está constituida por una operación que es interpretativa. Por otro lado, las márgenes de un “libro” no están jamás rigurosamente acotadas: más allá, de su configuración y las formas que lo autonomizan, está envuelto en un sistema de citas de otros libros, de otros textos, frases, de un mundo en red. Nunca más contundente esta concepción de Foucault si consideramos hoy el desarrollo de Internet y las posibilidades de los hipervínculos.

La última precaución que el autor menciona está relacionada con la noción de “origen” y va a señalar: “...no hay que devolver el discurso a la lejana presencia del origen; hay que tratarlo en el juego de su instancia, acoger cada momento de discurso en su irrupción de acontecimiento, en esa coyuntura en que aparece.” (op.cit.: 2002: 41) Es decir, considerar su emergencia y no su origen.

Lo importante para Foucault es mostrar que esas formas previas de continuidad, estas concepciones, no se deducen naturalmente, sino que son siempre el efecto de una construcción cuyas reglas se trata de conocer y cuyas justificaciones hay que controlar; definir en qué condiciones y en vista de qué análisis son legítimas. Esto significa que, antes de habérselas con una ciencia, unas novelas, unos discursos políticos, etc., el material que habrá que tratar en su neutralidad primera es una multiplicidad de acontecimientos en el espacio del discurso en general.

La pregunta que guía la descripción de los acontecimientos de discurso es: ¿cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar? Lo que propone el autor es captar el enunciado en la estrechez y la singularidad de su acontecer; de determinar las condiciones de su existencia; de establecer sus correlaciones con otros enunciados que pueden tener vínculos con él, de mostrar qué otras formas de enunciado excluye. Dice Foucault: “No se intenta, pues, pasar del texto al pensamiento, de la palabrería al silencio, del exterior al interior, de la dispersión espacial al puro recogimiento del instante, de la multiplicidad superficial a la unidad profunda. Se permanece en la dimensión del discurso.” (op. cit.: 127)

¿Cómo explica Foucault el surgimiento del acontecimiento discursivo en su irrupción histórica? A través de la noción “formación discursiva” que permite caracterizar un discurso o un grupo de enunciados por la regularidad de su práctica. Estos sistemas de formación no deben ser tomados por unos bloques de inmovilidad, unas formas estáticas que se impusieran desde el exterior del discurso y que definirían de una vez para siempre las características y las posibilidades. La formación discursiva compone un conjunto de reglas para una práctica de discurso que no es ajena al tiempo. Estas reglas limitan y configuran lo que puede decirse en un momento determinado.

Cuando Foucault habla de un sistema de formación, no se entiende únicamente la yuxtaposición, la coexistencia o la interacción de elementos heterogéneos (instituciones, técnicas, grupos sociales, organizaciones perceptivas, relaciones entre discursos diversos), sino su entrada en relación –y bajo una forma bien determinada– por la práctica discursiva.

2.2) El orden del discurso

La hipótesis que guía la escritura de “El orden del discurso” es que en toda sociedad la producción del discurso esta a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar “su pesada y temible” materialidad.

Foucault postula dos tipos de procedimientos que ejercen control y delimitación sobre el discurso. Unos son los procedimientos de exclusión, que en cierta manera se ejercen desde el exterior. Sólo mencionaremos los que parecen tener cierta pertinencia a la luz del problema planteado en nuestro proyecto. Dentro de los procedimientos de exclusión tomaremos lo prohibido y la oposición: verdadero y falso.

Lo “prohibido” establece que no se puede hablar de todo en cualquier circunstancia. El autor considera el juego de tres tipos de prohibiciones: Tabú del objeto, ritual de la circunstancia, derecho exclusivo o privilegiado del que habla. Las prohibiciones que recaen sobre el discurso, por más que en apariencia parezcan poca cosa, revelan muy pronto su vinculación con el deseo y poder. Ya que el discurso no es simplemente lo que traduce las luchas o los sistemas de dominación sino aquello por lo que, y por medio del cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse.

Lo “verdadero” y lo “falso” parece una distinción inofensiva, poco arbitraria. Pero si uno se sitúa a otra escala, tal como lo hace Foucault, se plantea la cuestión de saber cuál ha sido y es, a través de nuestros discursos, esa voluntad de verdad que ha atravesado tantos siglos de nuestra historia. Esta voluntad se apoya, como los otros sistemas de exclusión en un soporte institucional: está reforzada y acompañada por una densa serie de prácticas como la pedagogía, el sistema de libros, la edición, los laboratorios, etc. *“Y es acompañada por la forma que tiene el saber de ponerse en práctica en una sociedad, en la que es valorizado, distribuido, repartido y en cierta forma atribuido. Esta voluntad de verdad basada en un soporte y una distribución institucional, tiende a ejercer sobre los otros discursos una especie de presión y como un poder de coacción”*. (Foucault: 2005: 22)

Otros de los procedimientos son los que Foucault llama internos puesto que son los mismos discursos los que ejercen su propio control, procedimientos que juegan a título de principios de clasificación, de ordenación, de distribución. El primer principio es el “comentario” Hay en las sociedades una especie de nivelación de los discursos: los que “se dicen” en el curso de los días y las conversaciones y que desaparecen en el acto mismo de pronunciarse; y los discursos que están en el origen de un cierto número de actos nuevos de palabras que los reanudan o hablan de ellos, es decir, “son dichos”,

permanecen dichos y están todavía por decir. Son los textos religiosos, jurídicos, literarios, y en cierta medida, los científicos.

Este nivelamiento no es ni estable, ni constante, ni absoluto, pero la función permanece. En lo que se llama globalmente un comentario, el desfase entre el primer y el segundo texto juega cometidos que son solidarios. El comentario limita el azar del discurso por medio del juego de una identidad que tendría la forma de la repetición y de lo mismo: permite decir otra cosa además del texto mismo pero con la condición de que sea el mismo texto.

Otro principio de enrarecimiento de un discurso es el de “autor”. Pero considerado no como el individuo que habla sino como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia. Este principio no actúa en todas partes y de forma constante. Limita el azar del discurso por el juego de una identidad que tiene la forma de la individualidad y del yo.

En lo que se llama “disciplinas” hay otro principio de limitación. Este se opone al principio de autor porque se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones; una especie de sistema anónimo. Se opone al principio de comentario porque lo que se supone al comienzo es lo que se requiere para la construcción de nuevos enunciados. Para que haya disciplina es necesario que haya posibilidad de formular nuevas proposiciones.

Una disciplina no es la suma de lo que puede ser dicho de cierto a propósito de un tema o una cosa. Las disciplinas están construidas tanto sobre errores como sobre verdades, los errores ejercen funciones positivas y tienen una eficacia histórica y un papel frecuentemente inseparable de las verdades. Además para que una proposición pertenezca a una disciplina es necesario que responda a condiciones: debe dirigirse a un determinado plan de objetos, utilizar instrumentos conceptuales o técnicos de un tipo bien definido, debe poder inscribirse en un cierto tipo de horizonte teórico.

En resumen, dirá Foucault, una proposición debe cumplir complejas y graves exigencias para poder pertenecer al conjunto de una disciplina; antes de poder ser llamada verdadera o falsa, debe estar en la “verdad”. Pero no se está en la verdad más que obedeciendo a las reglas de una “policía” discursiva que se debe reactivar en cada uno de sus discursos.

El tercer grupo de procedimientos que permite el control de los discursos trata de determinar las condiciones de su utilización, de imponer a los individuos que los dicen un cierto número de reglas y no permitir así el acceso a ellos a todo el mundo. Por ello afirma Foucault que nadie entrará en el orden del discurso si no está, de entrada, calificado para hacerlo. Estos procedimientos constituyen especies de grandes edificios que aseguran la distribución de los sujetos que hablan en los diferentes tipos de discursos y la adecuación de éstos a ciertas categorías de sujetos.

Entonces, el autor va a proponer que para estudiar el discurso es necesario concebirlo como una violencia que hacemos, como una práctica que le imponemos y es en esta práctica donde los acontecimientos del discurso encuentran su principio de realidad. Es decir, primero reconocer que la producción discursiva es arbitraria, y segundo poner en duda esas arbitrariedades, esas instancias de control que legitiman la circulación de ciertos discursos y excluyen otros.

2.3) Implicancias para el proyecto literatura-política

Para Foucault el discurso es un espacio en el que se establecen y circulan las matrices del poder y saber. Es el resultante de la relación lenguaje - instituciones sociales. Los actos de discurso ejercen una vigilancia que rige la producción de los mismos y afecta la construcción del saber. Esta imbrincación entre lenguaje y sociedad

es la que el autor encara cuando estudia las restricciones institucionales y las prácticas políticas que regulan diferentes formas del discurso (los ritos específicos que determinan quién dice qué a quién).

El segundo punto, que nosotros denominamos la disciplina del discurso, se implica en varios niveles no sólo con nuestro proyecto sino en términos generales con la disciplina que estudia la literatura. Primeramente porque el abordaje que Foucault propone afecta a la dimensión discursiva en tanto entiende que los actos de discurso son constructos institucionalizados a partir de ciertas prácticas de lenguaje que configuran un modo de comprender, de saber, de percibir el mundo.

En segundo lugar la concepción que considera la “política” de los discursos es muy apropiada para nuestro proyecto. Así como en el punto anterior nos ocupamos de mostrar cómo Foucault entendía la política en su vinculación con el uso del cuerpo y en la construcción de una tecnología del poder. Ahora pudimos mostrar, someramente, cómo el autor concibe los discursos en tanto “poder y saber” circulante y productivo; es decir, también los actos discursivos diseñan una política del lenguaje entendida como una forma de disciplinamiento del discurso.

Específicamente algunas nociones que nos pueden ser redituables para la construcción o justificación del corpus son las de discontinuidad, ruptura y emergencia porque permiten captar el nivel sincrónico concreto y material de los discursos. Construir el corpus a partir de esta perspectiva es cortar, en primera instancia al menos, con otras periodizaciones previas que podrían estar naturalizando otra mirada de la relación literatura – política. También esta consideración del corpus implica la asunción de problemas metodológicos como el criterio de selección y elección; esto significa hacer hincapié en el carácter construido del corpus y por consecuencia la construcción de una manera de abordarlo.

Respecto de las unidades del discurso, la noción de “tradición”, “influencias”, “mentalidad” y “espíritu”, son muy usadas en nuestra disciplina. Por eso poner entre paréntesis estas maneras de encontrar homogeneidad y permanencia a ciertos hechos de discurso puede ser crítico en primera instancia, pero luego nos permitirá analizar los textos en sus propias condiciones y posibilidades de construir significación y relación.

La noción cuestionada de obra y libro sirve para pensar los textos en red, considerar el diálogo entre textos como una forma particular de configurar el corpus o la justificación desde otros discursos. También puede legitimar la elección de ciertos textos de un autor y el rechazo de otros. Además el procedimiento que configura la noción de autor nos puede ayudar a entender los discursos como posiciones de subjetividad deslindadas de la idea de autor como una individualidad supradiscursiva.

El concepto de “formación discursiva” es el que permite aunar todos estos cuestionamientos teóricos en la puesta en práctica de los discursos. Construir el problema que define nuestro proyecto en términos de “formación discursiva” es estar considerando los textos en su vinculación con prácticas concretas de uso, formas institucionalizadas del decir; que, en definitiva, relacionan literatura y sociedad y sus políticas de circulación y producción discursiva.

Los procedimientos de exclusión: lo prohibido y lo verdadero y falso nos ayudan a redefinir el mundo de la ficción y el de la crítica. El mundo de la ficción, en tanto que marca las fronteras de lo decible, de lo aceptable; no sólo de lo política sino de la sexualidad ya que el corpus, elegido provisoriamente, tematiza relaciones de poder y sexuales. Y el de la crítica porque el juego de la verdadero y falso siempre se despliega en las valoraciones de la crítica literaria y marca otra frontera: el adentro y el afuera de la literatura. También el procedimiento interno del comentario, como otra forma de sumisión de los discursos, apoya la voluntad de poder que la crítica construye.

Conclusión

En definitiva lo que Foucault estudia son las relaciones entre sujeto y sociedad; entre el uso del cuerpo y el uso del lenguaje y las formas de disciplinamiento que la sociedad construye. El poder no es algo que se adquiera o comparta, las relaciones de poder no son exteriores en relación con otros tipos de relaciones (como los procesos económicos, las relaciones de conocimiento o las sexuales) sino que le son inmanentes; el poder viene de abajo. El poder es concebido como una red de relaciones que incluye tanto a los que rigen como a los regidos. Este es uno de los aportes fundamentales de la propuesta del autor entender la política como una anatomía que cobra forma en la microfísica del poder, en la minuciosidad de la disciplina.

El otro aporte fundamental es la descomposición de la idea de sujeto ya sea como autor de discurso, como razón individual, como centro de interpretación antropológico. El sujeto es tal en función del lugar y el rol que ocupa en este entramado que va configurando la relación de poder-saber.

Otro aporte significativo es quitarle la ingenuidad a la noción de poder como desvinculada de la noción de saber. Para Foucault el poder produce saber y viceversa. La disciplina “fabrica” individuos ya que es la técnica específica de un poder que construye los individuos a la vez como objetos y como instrumentos de su ejercicio.

Para nosotros el último aporte significativo es desnaturalizar la producción de discurso como lo dado. Por el contrario concebir al discurso como un acontecimiento que está imbricado en las relaciones de poder-saber y construye sus propias reglas de disciplinamiento: de exclusión, de sumisión, aceptación, legitimación.

Notas:

ⁱ Proyecto (PPI) aprobado por SECYT en la convocatoria 2007-2008. Título: formas de la representación política en la narrativa argentina desde los 60-70 hasta nuestros días.

ⁱⁱ Los conceptos, que permiten armar el entramado teórico en este punto, están extraídos del texto “Vigilar y castigar”, Siglo Veintiuno, 2002, Bs. As.

ⁱⁱⁱ Link, Daniel (1994)

^{iv} Volveremos sobre este punto cuando revisemos algunos conceptos de la “Arqueología del saber” ya que allí Foucault se centra en la vinculación poder-saber.

^v Los conceptos, que articulan teóricamente este punto, fueron extraídos de la “Arqueología del saber” (Siglo Veintiuno, 2002, Bs. As.) y “El orden del discurso” (Tusquets, 2005, Bs. As.) Históricamente estos textos fueron publicados antes que “Vigilar y castigar”. “La arqueología del saber” fue publicada en 1969 y en ella se explica y justifica la metodología empleado en “Las palabras y las cosas” (1966), “El orden del discurso” fue la lección inaugural de Foucault al hacerse cargo de la cátedra de historia de los sistemas de pensamiento en el Collège de France en 1970. En nuestro trabajo no respetamos este orden histórico de producción porque nos parece que el texto “Vigilar y castigar” sienta las herramientas fundamentales para comprender la noción de política y su vinculación con la noción de poder y saber. Y de esta manera las formas de disciplinamiento que el discurso configura se pueden entender desde el marco de interpretación que ofrece “Vigilar y Castigar”.

Bibliografía

-
- FOUCAULT, Michel (2002): "*La arqueología del saber*", Siglo veintiuno, Bs. As.
FOUCAULT, Michel (2005): "*El orden del discurso*", Tusquets, Bs. As.
FOUCAULT, Michel (2002): "*Vigilar y Castigar Nacimiento de la prisión*", Siglo veintiuno, Bs. As.
LINK, Daniel (1994): "*La chancha con cadena*": Lectura 10, Ediciones del Eclipse, Bs.As.